

... Y LO DEMÁS ES LITERATURA

Después del veraneo, algunos poetas regresan a Madrid con la cosecha y la abundancia de sus meses de ocio; otros retornan con las manos vacías; pero templados sus nervios por la sedante calma campesina o vigorizados por el contacto del mar. Entre los que vuelven con los trojes colmados, ninguno acaso como Gerardo Diego. De él sí que puede decirse, con el título de una película actual: *la mies es mucha*. Nada menos que ochenta y tantos poemas, algunos de largo metraje, ha compuesto en su familiar y aldeano retiro del sur de Francia.

—¿Los vas a publicar en seguida?—le interrogamos. —Tengo cuatro libros para este año. Primero, mi "Biografía incompleta", completa, para "La Encina y el Mar"; segundo, los poemas taurinos de "La suerte o la muerte"; tercero, una enriquecida versión de "Angeles de Compostela", con los poemas que leí el año pasado en la Cátedra Ramiro de Maeztu, y cuarto, el que acabo de escribir en Francia, aún sin título. Acaso también, coincidiendo con el aniversario de Chopin, un juvenil libro mío sobre el genial músico polaco. Pero no sé. No he querido, ni quiero, modificarlo. Hay en él ecos de Rubén; resonancias directas de Juan Ramón y de Villaespesa. Yo pienso que su valor estriba en la ingenuidad (en la inspirada ingenuidad, agregamos nosotros) con que fué escrito hace ya más de treinta años...

En el número noveno de "Cuadernos Hispanoamericanos", tan rico y tan bello de contenido, el poeta granadino Luis Rosales ha publicado unos poemas inéditos de Federico García Lorca. Entre ellos uno, manuscrito, reproducido en facsimil, y fechado el 7 de mayo de 1918, que Rosales consideraba probablemente como la primera pieza lírica conocida del gran poeta muerto. Otro granadino, el de la *memoria total*, como habría decir en verso rosaliano, el insigne Melchor Fernández Almagro, ha escrito un artículo en

ABC impugnando la prioridad del poema citado—"La oración de las rosas"—y esclareciendo de paso, con irrecusable testimonio, el arranque de la vocación lorquiana y la fecha en que escribió sus primeras y perdidas composiciones líricas el genial y desgraciado poeta de Fuente-Vaqueros.

No son muchos los poetas que la ilustre Orden española fundada por San Ignacio ha producido. El más insigne de todos es, sin duda, el inglés Gerard Manley Hopkins, que cuenta desde hace años entre los más altos poetas líricos de lengua inglesa. ¡Y qué lengua inglesa la suya! Parte de su obra ha sido traducida al castellano, a pesar de su desesperante dificultad, por un gran poeta español, Dámaso Alonso, antiguo alumno de los Jesuitas de Chamartín. Sus versiones, libérrimas y fidelísimas a un tiempo mismo, han sido publicadas hace pocos meses en Méjico, en la Colección Camelina de Monterrey. También en América, otro español, el Padre Angel Martínez, profesor de Literatura en un Colegio de Granada de Nicaragua, y "renacido nicaragüense", según su propia expresión, ha trabajado sobre la poesía de Hopkins. Y no olvidamos a José Antonio Muñoz Rojas, primer introductor de Hopkins en España. Ahora, un joven jesuita catalán, el Padre Jorge

Blajot, que acaba de regresar a España después de una larga estancia en Inglaterra, espera publicar pronto un libro de poemas—"Hombre interior"—de intensa espiritualidad y hondo aliento poético. Sus versos, como los de Hopkins en su tiempo, ofrecen la particularidad de ser muy avanzados estéticamente y resueltamente actuales.

Después de pasar los meses de verano en España, han regresado a sus cátedras de los Estados Unidos los profesores Amado Alonso y Carlos Clavería. Y el profesor y poeta—genial poeta—Jorge Guillén, que volvió, después de varios años de ausencia, a sus altas tierras de Valladolid, tan luminosamente presentes en la íntima y cenital claridad de su poesía. Carlos Clavería ha dejado en España, para ser editado próximamente, un libro sobre D. Miguel de Unamuno, uno de cuyos capítulos—Unamuno y Carlyle—

tan maravilloso de penetración crítica como minuciosamente documentado, acaba de ser publicado en el número 9 de "Cuadernos Hispanoamericanos". También la revista "Insula" ha reimpreso en su entrega de septiembre "un profético artículo de Amado Alonso, escrito en 1929, hace veinte años, a raíz de la aparición del primer Cántico guilleniano". La reimpresión no ha podido ser más oportuna ni tampoco más atinada la calificación de "profético" para este artículo de Amado Alonso, ejemplarmente lúcido y admirable.

El escritor español Emiliano Aguado, fronterizo siempre de la poesía, acaba de concluir, después de un largo silencio, su primer libro de poemas. Lo empezó la primavera pasada y lo ha terminado este verano en un pueblecito de la Sierra. Su poesía, de inspiración muy rica, densa y original, apenas tiene antecedentes dentro de nuestra tradición lírica. El título de su libro es la sencillez misma. Se llama: *El día*.

Con idéntica simplicidad ha bautizado su libro otro gran poeta: Antonio de Zubiaurre. Sus nuevos poemas, de hondo arranque humano y apasionada verdad lírica, se llamarán, complementariamente, *La noche*.

Un Museo de Telas Medievales, desde ahora indispensable para estudiar la vida y la sociedad de la Reconquista española, se ha inaugurado en el histórico Monasterio de las Huelgas Reales, de Burgos (España), célebre, entre otras cosas, por tener su abadesa el excepcional privilegio canónico de la jurisdicción. Entre las vestiduras que se exponen destacan las precedentes de

los sepulcros de Alfonso VIII y Leonor de Inglaterra y las que pertenecieron a D. Fernando de la Cerda.

NORTEAMERICANOS ENAMORADOS DE ESPAÑA

POR J. ORTIZ ARMENGOL

EN el mes de mayo de 1818, la galera que hacía el recorrido de Barcelona a Madrid traía a la capital a un joven norteamericano, de nombre Ticknor, de estatura mediana, simpático y alegre, que contaba a sus compañeros de viaje los motivos que le traían a nuestro país.

Estudiando en Gotinga idiomas europeos, le habían ofrecido en plena juventud una cátedra en Harvard, para ocupar la cual debía de conocer el español. "Un tema que no entraba en mis planes de estudios y viajes por Europa. Pero si tengo que ser profesor de Literatura española, he de ir a España, por lo menos seis meses, a Salamanca..."

Sus compañeros eran dos jóvenes oficiales y el pintor José Madrazo, que venía de Italia, después de una larga estancia, a ocupar la Dirección de la Academia de Bellas Artes. El americano había comprado en Perpiñán un viejo *Quijote*, y lo leía en voz alta a sus amigos, ejercitando su pronunciación. Según él mismo nos dice, la lectura causaba una impresión profunda en los españoles, que le rogaban que leyera más y más.

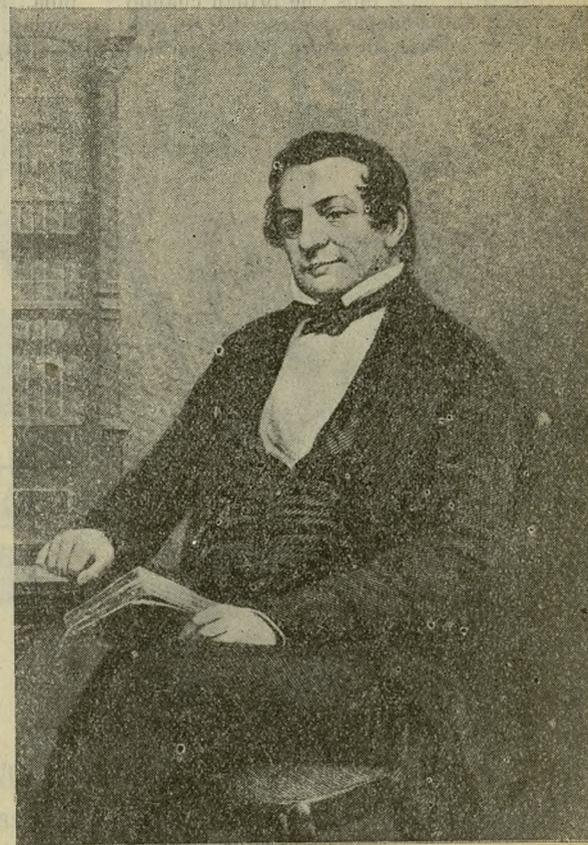
Y en alegre camaradería cubrieron los trece días de viaje por aquellas históricas carreteras ya tan conocidas por los viajeros franceses del XVIII. Carreteras incómodas para un viajero que venía de Inglaterra, de Francia, de Alemania y de Italia. Y, a pesar de todo, ya en Madrid, Ticknor escribe a su casa la primera carta en estos términos: "¿Me creeréis cuando añada que jamás hice en mi vida un viaje más divertido? Sin embargo, es muy cierto. Mis compañeros, con aquella sencilla cortesía por la que siempre ha sido famosa su nación, hicieron todo por hacerme sentir lo menos posible las molestias del viaje, incluso a sus expensas..."

Con esta carta Ticknor inaugura el capítulo norteamericano del gran libro de los viajes a España, e inaugura el hispanismo en su país. Después de él, y debido a él, se abre la serie de los viajes de Irving y Longfellow, y él es también quien trae a Prescott al campo de nuestra historia.

¿Cuál es la vida, en nuestra ciudad, de este hombre que trae cartas de presentación para el "todo Madrid" oficial, diplomático y artístico? Se levanta a las cinco y lee hasta las once. A esa hora vienen sus profesores de español, y hacia las cinco de la tarde, cuando ya se han ido, cena, pues hay que salir al Prado a pasear hasta el anochecer. "Madrid no es hermoso. Pero el Prado es el primer paseo de Europa, y la Puerta de Alcalá, la mejor puerta..."

George Ticknor mira, observa y dictamina. Había conocido ya en su corta vida a lord Byron, a Goethe, a Chateaubriand, a madame Stael, a Humboldt, a Schelegel, a todo lo que de valer había en el mundo, y sin embargo...

"España y el pueblo español me entretienen más que nada de lo que vi en Europa. Hay aquí



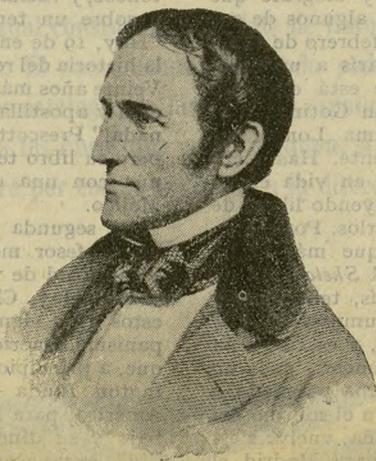
Washington Irving.

más carácter nacional, más originalidad y más poesía en las creencias y costumbres populares, más fuerza exenta de barbarie y más civilización exenta de corrupción que en ningún otro sitio."

Deambula por las calles donde todo el pueblo canta y baila; asiste a un besamanos palatino y a los mejores sarao; opina sobre nuestras clases sociales... "La clase media es la más cerrada y menos alegre de toda la gente española, la de más difícil acceso también y la menos interesante para un extranjero cuando se la conoce. Sus diversiones son escasas..." Sólo se reúnen para jugar a las cartas e ir al Prado.

Ticknor deja Madrid con pena, y se alarga hasta Andalucía y Lisboa. En cada ciudad ve a la persona más importante y el monumento más hermoso. Y corre a París—Talleyrand—, a Londres—lord Holland, el hispanista—, hasta que un día le presentan en Londres un compatriota periodista, que ha venido a Europa a curarse. Se llama Washington Irving. Ticknor no volverá a

España, pero siempre tendrá para nuestras cosas el mejor recuerdo. Acompañando a Irving y a unos amigos ingleses en una excursión a Windsor, recién llegado de España les habla de la Vega de Granada. Windsor es una sinfonía verde y blanca, y desde la torre del homenaje del castillo se ve un panorama irreal de árboles y praderas. Pero no hay sol. "Yo conozco la noche y el amanecer desde la torre de la Vela: tocaban maitines los conventos de la ciudad; se oían los primeros pájaros, la música de un órgano y la brisa; todo es-



W. H. Prescott.